

FELIX BENITEZ DE LUGO Y GUILLEN
DELEGADO DE CULTURA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

HISTORIA DE LAS BIBLIOTECAS

INTERVENCION EN EL ACTO INAUGURAL DEL PRIMER
CURSO DE FORMACION PROFESIONAL BIBLIOTECARIA
CELEBRADO EN EL CENTRO CULTURAL DE LA VILLA
DE MADRID EL 5 DE FEBRERO DE 1979



ARTES GRAFICAS MUNICIPALES

HISTORIA DE LAS BIBLIOTECAS

HISTORIA DE LAS BIBLIOTECAS

58/14164

INTERVENCION EN EL ACTO INAUGURAL DEL PRIMER
CURSO DE FORMACION PROFESIONAL BIBLIOTECARIA
CELEBRADO EN EL CENTRO CULTURAL DE LA VILLA
DE MADRID EL 5 DE FEBRERO DE 1979

X

HISTORIA DE LAS BIBLIOTECAS

INTERVENCIÓN EN EL ACTO INAUGURAL DEL PRIMER
CURSO DE FORMACIÓN PROFESIONAL BIBLIOTECARIA
CELEBRADO EN EL CENTRO CULTURAL DE LA VILLA
DE MADRID EL 2 DE FEBRERO DE 1979

Depósito legal: M. 2.768 - 1979

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIA DE LAS BIBLIOTECAS

El pensamiento atormentado y creador de los filósofos griegos propició el nacimiento de las bibliotecas. Su mismo nombre es helénico. Biblioteca viene de *biblios* = libro, y *teca*, depósito, almacén.

La primera biblioteca pública de la que se tiene noticia es la Pisistrato (600 a 527 a. de J. C.), tirano de Atenas en el 560 a. de J. C .

Este PISISTRATO, perteneciente a la nobleza ateniense, relacionado familiarmente con NESTOR, ya se había distinguido como general en la guerra contra MEGARA. Se enfrentó con las tropas gubernamentales en Palene, venció y se apoderó del gobierno de Atenas, ciudad que encumbró y que llegó a ser la más poderosa de Grecia.

JERJES (480 a 465 a. de J. C.), hijo y sucesor de DARIO I, trasladó la biblioteca a Persia tras la batalla de Salamina, y la misma fue devuelta a Atenas por SELEUCO NICATOR, rey de Siria.

Los viajes "forzados" de esta primera biblioteca dan fe del interés que la misma ofrecía a los pueblos beligerantes.

PLATON, también, poseía una importante biblioteca, que engrosó con la que adquirió al pitagórico FILOLAO.

La biblioteca de ARISTOTELES, de la que también nos informa la Historia, fue heredada por su discípulo el peripatético TEOFRASTO y de éste pasó a NELEO DE SCEPSIS.

Los herederos de éste, al fallecimiento del filósofo, enterraron la biblioteca para evitar que se apoderaran de ella los reyes de Pérgamo. Una vez desenterrada, la adquirió APELICONTE DE TEIOS y posteriormente SILA, conquistador de Atenas, la trasladó a Roma.

En los tiempos de ALEJANDRO MAGNO, Atenas perdió su hegemonía, dando paso a Alejandría, ciudad que en el reparto del imperio alejandrino correspondió a la familia de los LAGIDAS.

Allí, en Alejandría, en tiempo de TOLOMEO I, vivió DEMETRIO DE FALERA, que, expulsado de Atenas, se trasladó a dicha ciudad, convirtiéndose en el valido del rey.

DEMETRIO DE FALERA fundó el Museo y la Biblioteca con un lote inicial de 200.000 volúmenes.

El rey FILADELFO segregó 50.000 volúmenes para crear otra nueva biblioteca en SERAPEUM, que contaba, según AULO GELIO, con "milia ferme volumina sepringenta", cuando fue destruida en el año 48 a. de J. C.

También la Historia nos da señas de los primeros bibliotecarios, y así podemos citar a ZENODOTO DE EFESO, autor de una edición de la *Iliada* y la *Odisea* y de un "libro" sobre sinónimos, recogiendo las palabras raras usadas en los textos homéricos; el polifacético ERATOSTENES DE CIRENE, geómetra, geógrafo, cronógrafo, filósofo, filólogo y poeta; APOLONIO DE RODAS, ARISTOFANES DE BIZANCIO, inventor de los signos críticos (óbelos, sigmas, anti-sigmas, etc.) y de los acentos; ARISTARCO DE SAMOTRACIA y CALIMACO DE CIRENE, poeta y autor de la Cabellera de Berenice.

Al parecer, la biblioteca del Museo se perdió en el incendio que provocó JULIO CESAR para quemar los navíos que estaban en los arsenales y evitar que se apoderasen de ellos las tropas de AQUILAS.

Esta desaparición motivó que la otra biblioteca, la de

SERAPEUM, fuera ganando importancia, si bien se encontró mermada ante los impulsos amorosos de MARCO ANTONIO, que regaló 200.000 ejemplares a la bella CLEOPATRA. ¡El bello amor esta vez actuó de forma destructiva!

Esta biblioteca de SERAPEUM, al parecer, se destruyó con el templo de SERAPIS en tiempos de TEODOSIO (siglo IV).

En el templo de MINERVA —la diosa guerrera—, de Pérgamo, ATALO I (241-197 a. de J. C.) construye otra biblioteca, rival digna de la de Alejandría. Ambas bibliotecas eran celosas de su contenido, e incluso se comenta que el pergamenense EUMENES II intentó llevarse consigo (fichar, se diría ahora) a ARISTOFANES DE BIZANCIO, director de la biblioteca de Alejandría. TOLOMEO V, para evitar ese “robo de cerebros”, encarceló al director. ¡Caro pagó ARISTOFANES DE BIZANCIO su saber!

Por último —y acabamos con Grecia—, podemos citar la biblioteca particular del último rey de Macedonia, de PERSEO, que fue confiscada como “botín de guerra” por PAULO EMILIO, que le venció en la batalla de Pidna y la trasladó a Roma.

Vemos, pues, que ya eran muy codiciadas las bibliotecas y que se las valoraba en su muy justo valor.

En la Roma republicana es digno de mención LUCIO LICINIO LUCULO, poseedor de dos bibliotecas, una en Roma y otra en Tusculum, y que filantrópicamente abrió al público.

En el año 39 a. de J. C. se fundó otra biblioteca pública, también “botín de guerra”, por ASIMO POLION, con motivo de su campaña militar por Dalmacia.

El emperador Augusto creó en Roma dos bibliotecas públicas: una, en el Pórtico de OCTAVIA, y otra, en el Palatino.

Ulpia fue la biblioteca creada por TRAJANO en el foro de su nombre y llevada más tarde a las termas de DIOCLECIANO y la de Como fue fundada por PLINIO EL JOVEN.

También la Historia nos ha dejado referencias a las bibliotecas de Timgad, Tibur, Efeso y Patras, donde AULO GELIO descubrió un ejemplar de la *Odisea* traducido por ANDRONICO.

CONSTANTINO fundó su biblioteca en Constantinopla, la cual llegó a los 120.000 volúmenes en la época de TEODOSIO. Esta biblioteca se incendió en el 476, fue posteriormente restaurada, y pereció totalmente el 1453 con la toma de Constantinopla por los turcos.

Si Grecia tuvo amor a las bibliotecas, no le fue a la zaga Roma. Las bibliotecas por aquel entonces constituían claras manifestaciones culturales que merecían el cuidado de los gobernantes. Por ello, pues, eran trofeos que orgullosamente se llevaban los vencedores.

La aristocracia de la Roma imperial, unas por ansia del espíritu y otras por simple moda, cuidaban celosamente sus bibliotecas privadas que instalaban en sus domicilios. SENECA atacaba a estos últimos, llegando a afirmar que sus poseedores ni siquiera habían leído sus libros y que los compraban por puro adorno. LUCIANO insiste sobre lo mismo señalando que esas bibliotecas son lugares de esparcimiento para los ratones, un asilo para la polilla y un temor de los criados.

El comprar libros para adorno no es, pues, una deformación espiritual del hoy.

En el siglo II cuando ORIGENES se refugió en Cesarea fundó su propia biblioteca, y también son de citar: las de SAN JERONIMO (una en Roma y otra en Belén); la de SAN AGUSTIN, legada por el Santo a su diócesis de Hipona; la del anacoreta egipcio ISIDORO DE PENSA, y la de SAN PANFILO, obispo de Cesarea.

Y con ello llegamos a la Edad Media, donde son dignos de citar casi todos los órdenes monásticos que se dedicaron a la copia manual de libros.

Así se afirma que los monasterios bizantinos llegaron a conservar, gracias a esas copias, toda la cultura griega, citándose como más importantes los de Athos, en el Egeo, y el de Santa Catalina, en el Sinaí.

El romano CASIODORO (490-583) fundó el monasterio de Vivarium, cerca de Squillace (Calabria), donde instaló una importante biblioteca, que se repartió, a su fallecimiento, entre las de Verona y Bobbio.

SAN BENITO fundó la biblioteca de Montecassino, y cuando los sarracenos arrasaron el monasterio en el 884, los monjes huyeron con sus libros —gran prueba del amor al saber—, trasladándolos a Teano, donde pereció posteriormente por un incendio.

En el monasterio de Bobbio, ya citado, fundado por SAN COLUMBANO, hubo valiosos manuscritos que hoy se conservan en la biblioteca Ambrosiana de Milán y en la Vaticana.

La Historia nos deja referencia de otros monasterios dignos de ser recordados por sus fondos bibliográficos, como el de Trinitá della Cava, el de Farfa, el de Nonantola y el de San Salvador de Monte Amiata.

La biblioteca alemana de Corvey es muy de recordar porque en ella JUAN ANGEL ARCOMBALDI descubrió los cinco primeros libros de los Anales de Tácito.

En el mismo sentido se puede citar también la del monasterio de San Gall, donde el poeta Florentino Poggio encontró los tres primeros libros y la mitad del cuarto de los *Argonáutica*, de VALERIO FLACO.

Y llegamos a España.

Los monasterios existentes en su geografía durante la Alta Edad Media fueron cuna de numerosos depósitos de

libros. Así se pueden citar los siguientes: Santa María de Obona y Liébana, en Asturias; Dumio, San Salvador de Celanova (Orense), Sobrado (La Coruña), Villanueva de Lorenzaga (Lugo) y Samos (Lugo), en Galicia, siendo de destacar que a este último en el año 922 ORDOÑO II donó un lote de libros de carácter litúrgico; San Cosme y San Damián (Valle Abellar), Sahagún y Eslonza, en León; Santo Domingo de Silos, San Salvador de Oña, San Pedro de Cerdeña, San Pedro de Arlanza (Burgos), San Zoilo de Carrión (Palencia), Santa María de la Huerta (Guadalajara), en Castilla; San Martín de Albelda y San Millán de la Cogolla, en la Rioja; Leyre, Santa Gemma e Irache, en Navarra; San Victorián, Alagón y San Juan de la Peña, en Aragón; Ripoll, Poblet, San Cucufate del Vallés, San Juan de las Abadesas, Montserrat y Santa Creus, en Cataluña, etc.

El de Sahagún, dedicado a los Santos FECUNDO y PRIMITIVO, padeció vida azarosa. Fue destruido en el 883 por los musulmanes; reedificado cinco años más tarde en el 888 por ALFONSO MAGNO; vuelve a ser arrasado por ALMANZOR en 985; y vuelve a ser restaurado posteriormente.

La biblioteca del castellano monasterio de Santo Domingo de Silos nace en el año 919 con una donación del conde FERNAN GONZALEZ al abad PLASENCIO. Sus manuscritos fueron desgraciadamente vendidos en pública subasta en París el 1878, y hoy se encuentran en su Biblioteca Nacional y en el Museo Británico de Londres.

Los códices de San Pedro de Candecia hoy se encuentran en la biblioteca de la Academia de la Historia. También se localizan en esta biblioteca la mayoría de los manuscritos del Monasterio de San Millán de la Cogolla y en la del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial se encuentra el conciliar "acmilianensis", escrito el 994, e iluminado por

VELASCO, monje de San Millán, y por su discípulo SISEBUTO.

El alto valor de los códices en la Edad Media es recogido perfectamente por BATLLE y PRAS cuando nos dicen: "El cuidado que requería su guarda y conservación ya estaba previsto en las canónicas de la época visigótica. El que guardaba los códices y las reliquias era el funcionario encargado de su custodia, y su nombramiento se hacía con una ceremonia solemne para realzar a los ojos de las gentes el valor de la ciencia. La comunidad se reunía en uno de los ángulos de la iglesia. El monje elegido dejaba las filas de los hermanos y se postraba delante del abad. Este, tomando el anillo de los estantes, se lo entregaba al monje diciendo: 'Sé custodio de los libros y jefe de los escribanos.' Tras esta breve ceremonia, el nuevo bibliotecario besaba el pie del abad y se retiraba a ocupar su puesto. En adelante la vigilancia de la librería y el escritorio estaba a su cargo."

La civilización musulmana tampoco pudo olvidar el gran valor cultural de las bibliotecas. Toda civilización adelantada sentía la necesidad de su existencia. Córdoba gozó de una importante biblioteca en el reinado de MOHAMED.

Como señala GARCIA SORIANO, "los preciosos restos de aquellas bibliotecas de la España musulmana, que se han salvado del naufragio de los siglos, pueden admirarse hoy en algunas colecciones árabes de nuestras bibliotecas, como la de El Escorial, inventariada por Casiri y otros eruditos, y las muy ricas también de la Biblioteca Nacional y de la Academia de la Historia, estudiadas por Gayangos y Codera, sin contar las que han ido a enriquecer las bibliotecas del extranjero".

A partir del siglo XIII el arte de escribir se universaliza.

Ya no es patrimonio de los monjes y de los conventos. Se desplaza a las Universidades, a las cortes reales y a las grandes casas de la gente rica e importante. No se puede silenciar, en este sentido, a SAN LUIS, REY DE FRANCIA; a CARLOS V, que heredó sus aficiones bibliófilas de su padre, JUAN EL BUENO; a CARLOS VII, a LUIS XI, a CARLOS VIII, a LUIS XII, a FELIPE III, a JAIME I, EL CONQUISTADOR; a CARLOS III, el Noble, que adquirió la biblioteca de los dominicos de Estella y de su camarlengo mosén PEDRO DE LAXACA; a JUAN II, etc.

Durante los siglos XIII, XIV y XV, para evitar hurtos, los libros se encontraban encadenados a las librerías, si bien ya se implantó por aquel entonces el sistema de "préstamo" que iba acompañado de ciertas garantías.

El Renacimiento y la invención de la imprenta, como es lógico, significó un fuerte impulso para los libros y las bibliotecas. Se inicia ahora una campaña de bibliotecas públicas, como la Mediceo-Laurenziana de Florencia, cuyo edificio actual, inaugurado por Cosme I de Médicis, fue construido por Miguel Angel, en 1532, de orden de Clemente VII (Julio de Médicis, 1523-1534), y la Ambrosiana de Milán, fundada en esta ciudad por el cardenal Federico Borromeo y abierta solemnemente en 1609, aunque iniciada mucho antes; es la más rica en manuscritos, después de la Vaticana.

También en el XVI se monta, por encargo de SIXTO V, la célebre biblioteca del Vaticano, construida por el arquitecto FONTANA.

En 1537 se crea el depósito legal en Francia. De toda obra publicada se tenía que entregar un ejemplar a la biblioteca central. Su creación se debe a FRANCISCO I. La institución, por su importancia, pronto se desarrolló en otros países.

Digna de toda mención es la biblioteca de San Lorenzo

de El Escorial, fundada en 1565, por FELIPE II, con una dotación inicial de 4.000 volúmenes. EL CONDE DUQUE DE OLIVARES aportó a la misma su importante colección de manuscritos árabes (unos 3.000), de MULEY ZIDAN, emperador de Marruecos. BENITO ARIAS MONTANO redactó el primer catálogo de la biblioteca. La biblioteca, situada en el tercer piso del Monasterio, goza de pavimento de mármol; estanterías adosadas, diseñadas por JUAN HERRERA y realizadas por GIUSEPPE FLECHA, y bóveda pintada al fresco por PEREGRINI. Sus fondos ascienden a unos 40.000 volúmenes impresos (de los que unos 700 son incunables), 2.000 manuscritos árabes, alrededor de 580 griegos, 2.090 latinos y en lenguas vulgares, 73 hebreos, 12 persas, nueve turcos y 7.000 grabados.

Por estas fechas se crean muy importantes bibliotecas particulares en España, como la de GONZALO ARGOTE MOLINA, NICOLAS MONARDES, BENITO ARIAS MONTANO, médico sevillano; BARTOLOME LLORENTE, canónigo zaragozano; JUAN BERNAL DIAZ DE LUCO, obispo de Calahorra; RODRIGO DE MENDOZA, Marqués de CENETE; JUAN PAEZ DE CASTRO, LUCIO BARAHONA DE SOTO, ANTONIO AGUSTIN, anticuario (a su fallecimiento su biblioteca se incorporó a la de El Escorial); PEDRO PONCE DE LEON, obispo de Plasencia; RODRIGO CARO, etc.

En el XVII se crean las importantes bibliotecas de Angélica en Roma, la Bodleiana en Oxford, la de Trinity College en Cambridge y la Mazarina en París.

Como muy importantes citan los autores a las del DUQUE DE UCEDA, la del Monasterio de la Salceda y la del MARQUES DE MONTEALEGRE, en el siglo XVII, y las de GREGORIO MAYANS Y SISCAR, la del MARQUES DE LLIO, la de JOVELLANOS y la del arzobispo de Valencia ANTONIO CARDONA, en el XVIII.

Es por estas fechas cuando se inician las bibliotecas en Hispanoamérica y sus avatares son los mismos de siempre. Eran codiciosos botines de guerra, y así, por ejemplo, y según relata MANUEL PEREZ VILA, después de la batalla de Ayacucho, SIMON BOLIVAR se apoderó de numerosos libros, contenidos en una factura, probablemente redactada en Lima, en 1825, en su mayoría franceses, a juzgar por sus títulos; los que figuran en una relación, atribuible a los primeros meses del mismo año, de las obras que Bolívar se proponía llevar consigo al Cuzco y al Alto Perú, y los que a fines de 1827 y comienzos de 1828 condújole el capitán Egmidio Briceño desde Lima a Bogotá. Aquí continuó el Libertador enriqueciendo su biblioteca, y cuando en 1830 salió de la ciudad, se llevó consigo dos baúles repletos de libros, que dejó en Cartagena, y que a su muerte fueron distribuidos entre sus herejeros.

Es curioso destacar que la mayoría de las bibliotecas hispanoamericanas nacen de las manos de los jesuitas. Cuando en 1767 dicha Orden es extrañada de las colonias españolas, esos fondos bibliográficos se destinaron a crear bibliotecas públicas.

También es ahora cuando nacen las primeras bibliotecas en Estados Unidos. La del Congreso de Washington, fundada en el 1800, es la más importante del Nuevo Mundo. Su lote inicial fue la colección particular de THOMAS JEFFERSON. En la actualidad cuenta con más de 13 millones de volúmenes (libros y folletos), sin incluir otras piezas (mapas, fotografías, películas, etc.).

De análoga importancia es la biblioteca Nacional LENIN, de LENINGRADO, creada a base de la del Museo Público Rumjancer en 1862.

Nos alargáramos en demasía si pretendiésemos ir describiendo las importantes bibliotecas que existen en todos

los países. Limitémonos, pues, a reunir en abstracto y en términos generales su evolución:

Etapa primera. *Antigüedad*.—En la antigüedad grecolatina, las bibliotecas nacen con carácter privado y a impulso de ingenios particulares.

Son muy apreciadas por los beligerantes y el más claro, deseable y apetecido botín de guerra.

Etapa segunda. *Alta Edad Media*.—Son los monjes de los conventos los que se dedican a copiar los libros. Las bibliotecas se desarrollan, pues, en los conventos. Hay pocas iniciativas privadas.

Etapa tercera. *Baja Edad Media* (XIII a XV).—La secularización de la escritura permite el traslado de las bibliotecas de los conventos a las casas de los magnates.

Reyes y nobleza se preocupan por ellas.

Etapa cuarta. *Epoca Moderna y Contemporánea* (XVI a XX).—Los Estados se preocupan por las bibliotecas.

Etapa quinta. *Réquiem por una biblioteca*.—Y ahora viene nuestro llanto de dolor. Se nos asegura, se nos dice, se nos insinúa, que la técnica hará desaparecer el libro. El mismo será sustituido por películas, microfilmes, casetes, aparatos audiovisuales, etc.

¡Qué pena!

Causa dolor pensar en ello. ¿Será posible que el libro desaparezca? Me causa temor el vacío de mis manos. Coger un libro, mirar su encuadernación, sus cantos, sus hojas, el tipo de su letra... Lo acaricias como a la mujer amada. Pasas sus hojas con mimo. Lees o relees aquel pasaje. Te

recreas en una bella idea o construcción. Te deleitas con parsimonia en ello. Aquí, al margen, anotas algo. Ese algo es parte de tu vida que permanecerá para siempre en el libro. Has incorporado tu alma al libro. Entre estas hojas colocas una foto, un folleto, un recuerdo, una flor. Y así, ese libro es un libro vivo donde en cada hoja, en cada letra, dejas parte de tu vida.

Y, ¡horror!, ahora ya no podrás hacerlo. No. No queremos ser ese trágico mañana.

incrustas en una bella letra o construcción. Te deleitas
en sus pensamientos en él. Aquí, al margen, añades
algo. Ese algo es parte de tu vida que permanecerá
para siempre en el libro. Has incorporado tu alma
al libro. Entre estas notas colocas una foto, un
dibujito, un recuerdo, una flor. Y así, ese libro es
un libro vivo donde en cada hoja, en cada letra,
dejas parte de tu vida.

Y, ¡ahora, ahora ya no puedes hacerlo! No. No
podemos por esa trágica muerte.

